

Nº 4424

Copia 3

traducción de

CARLOS DANIEL SCHROEDER

ANÁLISIS DE SISTEMAS-MUNDO
Una introducción

por

IMMANUEL WALLERSTEIN





siglo xxi editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.
TUCUMÁN 1621, 7º N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.
PRÍNCIPE DE VERGARA 78, 28006, MADRID, ESPAÑA

HN18

W9518

2005

Wallerstein, Immanuel Maurice, 1930-
*Análisis de sistemas-mundo : una
introducción* / por Immanuel Wallerstein ;
traducción de Carlos Daniel Schroeder. —
México : Siglo XXI, 2005.

156 p. — (Historia)

Traducción de: World-systems analysis.
An introduction
ISBN 968-23-2604-4

1. Historia social. 2. Cambio social.
3. Sistemas sociales. 4. Globalización —
Aspectos sociales. I. Schroeder, Carlos
Daniel, tr. II. t. III. Ser.

portada: target

primera edición en español, 2005

segunda edición en español, 2006

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-2604-4

primera edición en inglés, 2004

© duke university press, durham y londres

título original: *world-systems analysis. an introduction*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México

RECONOCIMIENTOS

Cuando acepté escribir este libro, recibí, por casualidad, una invitación de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, España, para dar un seminario de verano sobre "análisis de sistemas-mundo". El curso consistiría en cinco conferencias. Los participantes eran en su mayoría alumnos graduados y profesores jóvenes de universidades españolas, quienes, en su mayoría, habían tenido escaso contacto con el análisis de sistemas-mundo. Eran alrededor de cuarenta. Aproveché así la ocasión para presentar una primera versión de los cinco capítulos de este libro. Y me he beneficiado por los comentarios recibidos. A ellos les agradezco.

Cuando terminé de escribir el borrador de este libro, le pedí a cuatro amigos que lo leyeran y criticaran. Estos amigos son personas en cuyo juicio como lectores y experiencia docente confío. Pero todos tenían cierto grado de participación e interés en el análisis de sistemas-mundo. Esperaba por tanto obtener una variada gama de reacciones, y eso fue lo que sucedió. Como es el caso con un ejercicio semejante, les estoy agradecido por rescatarme de zonceras y pasajes oscuros. Me ofrecieron sus avezadas sugerencias, las cuales incorporé. Pero, por supuesto, persistí en mi opinión acerca del tipo de libro que yo consideraba más útil escribir, y los lectores merecen mis disculpas por ignorar parte de sus sugerencias. Así y todo, el libro es mejor gracias a las cuidadosas lecturas de Kai Erickson, Walter Goldfrank, Charles Lemert y Peter Taylor.

2. EL SISTEMA-MUNDO MODERNO COMO ECONOMÍA-MUNDO CAPITALISTA: PRODUCCIÓN, PLUSVALÍA Y POLARIZACIÓN

El mundo en el que vivimos, el sistema-mundo moderno, tuvo sus orígenes en el siglo XVI. Este sistema-mundo estaba entonces localizado en sólo una parte del globo, principalmente en partes de Europa y de América. Con el tiempo, se expandió hasta abarcar todo el mundo. Es y ha sido siempre una *economía-mundo*. Es y ha sido siempre una *economía-mundo capitalista*. Deberíamos comenzar por explicar lo que estos dos términos, *economía-mundo* y *capitalismo*, denotan. Será más sencillo entonces apreciar los contornos históricos del sistema-mundo moderno, sus orígenes, su geografía, su desarrollo temporal y su crisis estructural contemporánea.

Lo que queremos significar con *economía-mundo* (la *économie-monde* de Braudel) es una gran zona geográfica dentro de la cual existe una división del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales así como un flujo de capital y trabajo. Una característica definitoria de una *economía-mundo* es que *no* está limitada por una estructura política unitaria. Por el contrario, hay muchas unidades políticas dentro de una *economía-mundo*, tenuemente vinculadas entre sí en nuestro sistema-mundo moderno dentro de un sistema interestatal. Y una *economía-mundo* comprende muchas culturas y grupos (que practican múltiples religiones, hablan múltiples idiomas y son diferentes en sus comportamientos cotidianos). Esto no significa que no hayan desarrollado algunos patrones culturales comunes, lo que llamaremos una *geocultura*. Significa que ni la homogeneidad política ni la cultural debe ser esperable o encontrada en una *economía-mundo*. Lo que unifica con más fuerza a la estructura es la división de trabajo constituida dentro de ésta.

El capitalismo no es la mera existencia de personas o compañías produciendo para la venta en el mercado con la intención de obtener una ganancia. Tales personas o compañías han existido por miles de años a lo ancho y largo del planeta. Tampoco es definición suficiente la existencia de personas asalariadas. El trabajo remunerado ha sido conocido por miles de años. Nos encontramos en un sistema capitalista sólo cuando el sistema da prioridad a la *incesante* acumula-

ción de capital. Frente al uso de tal definición, sólo el sistema-mundo moderno ha sido un sistema capitalista. La acumulación incesante es un concepto relativamente simple: significa que las personas y las compañías acumulan capital a fin de acumular más capital, un proceso continuo e incesante. Si decimos que un sistema "da prioridad" a tal acumulación incesante, significa que existen mecanismos estructurales mediante los cuales quienes actúan con alguna otra motivación son, de alguna manera, castigados, y son eliminados eventualmente de la escena social, mientras que quienes actúan con la motivación apropiada son recompensados y, de tener éxito, enriquecidos.

Una *economía-mundo* y un sistema capitalista van de la mano. Puesto que las *economías-mundo* carecen del cemento unificador que es una estructura política o una cultura homogénea, lo que las mantiene es la eficacia en la división del trabajo. Y esta eficacia es función de la riqueza en constante expansión que el sistema capitalista provee. Hasta los tiempos modernos, las *economías-mundo* construidas habían o bien colapsado o habían sido transformadas *manu militari* en imperios-mundo. Históricamente, la única *economía-mundo* que sobrevivió por un largo periodo ha sido el sistema-mundo moderno, y esto es porque el sistema capitalista echó raíces y se consolidó como su característica definitoria.

Por los mismos motivos, un sistema capitalista no puede existir dentro de cualquier marco sino sólo dentro de una *economía-mundo*. Veremos que un sistema capitalista requiere una relación muy particular entre los productores económicos y quienes detentan el poder político. Si estos últimos son demasiado fuertes, como en el caso de un imperio-mundo, sus intereses se impondrán sobre el de los productores económicos, y la acumulación incesante de capital dejará de ser una prioridad. Los capitalistas necesitan de grandes mercados (de aquí que los minisistemas sean demasiado estrechos para ellos) pero también necesitan de una multiplicidad de estados, para poder obtener las ventajas de trabajar con los estados pero también para poder evitar estados hostiles a sus intereses a favor de estados amistosos a sus intereses. Sólo la existencia de una multiplicidad de estados dentro de la división total de trabajo asegura dicha posibilidad.

Una *economía-mundo* capitalista es una colección de muchas instituciones, cuya combinación da cuenta de sus procesos, todos los cuales están interrelacionados entre sí. Las instituciones básicas son el

mercado, o mejor dicho, los mercados; las compañías que compiten en los mercados; los múltiples estados, dentro de un sistema interestatal; las unidades domésticas; las clases, y los grupos de estatus (la terminología de Weber, lo que algunos han dado en llamar en años recientes, "identidades"). Todas éstas son instituciones que han sido creadas dentro del marco de una economía-mundo capitalista. Por supuesto, tales instituciones tienen cierta similitud con instituciones que han existido en anteriores sistemas históricos a los que hemos dado los mismos o similares nombres. Pero el utilizar el mismo nombre para describir instituciones localizadas en diferentes sistemas históricos frecuentemente confunde, más que clarifica, el análisis. Es mejor pensar en el grupo de instituciones del sistema-mundo moderno como contextualmente específicas a éste.

Comencemos con los mercados, puesto que éstos son habitualmente considerados la característica esencial de un sistema capitalista. Un mercado es a la vez una estructura local concreta en la que los individuos o compañías compran y venden mercaderías, y una institución virtual a lo largo del espacio en donde tienen lugar los mismos tipos de intercambios. Qué tan grande y extendido esté el mercado virtual depende de las alternativas realistas que los vendedores y compradores tengan en un momento determinado. En principio, en una economía-mundo capitalista, el mercado virtual existe como totalidad en la economía-mundo. Pero como habremos de ver, hay muchas veces interferencias en estas fronteras que crean mercados más estrechos y "protegidos". Existen, claro está, mercados virtuales separados para todos los bienes de consumo así como para el capital y para los distintos tipos de trabajo. Pero a lo largo del tiempo, también puede decirse que existe un solo mercado global virtual para todos los factores de producción combinados, más allá de las barreras que existen para su libre funcionamiento. Uno puede pensar en este mercado virtual completo como un imán que atrae a todos los productores y compradores y cuya atracción es un factor político constante en los procesos de decisión de todos: los estados, las compañías, las unidades domésticas, las clases y los grupos de estatus (o identidades). Este mercado global virtual completo es una realidad en tanto que influye en todos los procesos de decisión, pero nunca funciona entera y libremente (esto es, sin interferencias). El mercado absolutamente libre funciona como una ideología, un mito y una influencia restrictiva, pero nunca como una realidad cotidiana.

Una de las razones por las que un mercado totalmente libre no es una realidad cotidiana, si es que alguna vez fuera a existir, es que volvería imposible la acumulación incesante de capital. Esto puede parecer una paradoja, porque es cierto que el capitalismo no puede funcionar sin mercados, y también es cierto que los capitalistas dicen con regularidad que están a favor del libre mercado. Pero los capitalistas necesitan, de hecho, mercados no completamente libres sino mercados parcialmente libres. La razón es obvia. Supongamos que existiera un mercado mundial en el que todos los factores de producción fueran completamente libres, como nuestros libros de texto los definen habitualmente; esto es, uno en donde los factores fluyeran sin restricciones, en donde hubiera un enorme número de compradores y un enorme número de vendedores, y en el cual existiera una perfecta información (esto es, que todos los vendedores y todos los compradores supieran el estado exacto de todos los costos de producción). En un mercado de tal perfección, sería siempre posible para los compradores regatear con los vendedores hasta un nivel de ganancia absolutamente minúsculo (digamos de sólo un centavo), y este bajo nivel de ganancia haría del juego capitalista algo sin el más mínimo interés para los productores, removiendo el sustrato social básico de tal sistema.

Lo que los vendedores prefieren siempre es un monopolio, porque entonces pueden crear un amplio margen relativo entre los costos de producción y los precios de venta, y por lo tanto obtener grandes porcentajes de ganancia. Por supuesto, los monopolios perfectos son extremadamente difíciles de crear, e infrecuentes, pero los cuasimonopolios no lo son. Lo que uno necesita más que cualquier otra cosa es el apoyo de la maquinaria de un estado relativamente fuerte, uno que pueda apoyar a un cuasimonopolio. Hay muchos modos de realizarlo. Uno de los más fundamentales es el sistema de patentes que se reserva los derechos de una "invención" por un determinado número de años. Esto es lo que hace, básicamente, que los productos "nuevos" sean los más caros para los consumidores y los más ventajosos para los productores. Claro que las patentes son con frecuencia violadas y en todo caso, eventualmente expiran, pero, en general, protegen a un cuasimonopolio durante un tiempo. Incluso en ese caso, la producción protegida por patentes permanece sólo como cuasimonopolio, puesto que pueden existir otros productos en el mercado que no estén cubiertos por esa patente. Ése es el porqué de la situa-

ción normal de las denominadas industrias de punta (esto es, productos que son tanto nuevos como poseedores de un porcentaje importante del mercado global de productos) es un oligopolio antes que un monopolio absoluto. Los oligopolios son, empero, lo suficientemente buenos como para brindar una tasa de ganancia elevada, en especial desde que varias firmas con frecuencia, se asocian para minimizar la competencia de precios.

Las patentes no son el único modo en el que los estados pueden crear cuasimonopolios. Las restricciones estatales a la importación y exportación (las denominadas medidas proteccionistas) son otra. Los subsidios estatales y los beneficios impositivos son una tercera. La capacidad de los estados fuertes para usar de su fuerza y prevenir que los estados más débiles desarrollen medidas contraproteccionistas son también otro modo. Y el papel de los estados como compradores a gran escala de ciertos productos dispuestos a pagar precios excesivos, es otro. Finalmente, las regulaciones que imponen un peso sobre los productores puede ser relativamente sencilla de absorber por los grandes productores pero paralizante para los pequeños productores, una asimetría cuyo resultado es la eliminación de los pequeños productores del mercado incrementado de esa manera el porcentaje del oligopolio. Las modalidades por la que los estados interfieren con el mercado virtual son tan extensas que constituyen un factor fundamental en la determinación de precios y ganancias. Sin tales interferencias, el sistema capitalista no podría prosperar y por lo tanto no podría sobrevivir.

Sin embargo, existen dos características antimonopólicas intrínsecas a una economía-mundo capitalista. Antes que nada, la ventaja de un productor monopólico es la pérdida de otro productor. Los perdedores negociarían políticamente para eliminar las ventajas de los ganadores. Pueden realizar esto mediante pujas dentro de los estados en donde los productores monopólicos están ubicados, apelando a las doctrinas del libre mercado y ofreciendo su apoyo a los líderes políticos decididos a terminar con ciertas ventajas monopólicas particulares. O lo logran persuadiendo a otros estados a desafiar al monopolio del mercado global mediante el uso del poder estatal para apoyar a productores competitivos. Ambos métodos son utilizados. Por lo tanto, a lo largo del tiempo, todo cuasimonopolio es desmantelado por la entrada de nuevos productores al mercado.

Los cuasimonopolios son, por ello, suicidas. Pero duran lo suficien-

te (digamos unos treinta años) como para asegurar una considerable acumulación de capital por aquellos que controlan los cuasimonopolios. Cuando un cuasimonopolio deja de existir, los grandes acumuladores de capital, sencillamente mueven su capital a nuevos productos de punta o a industrias de punta completamente nuevas. El resultado es un ciclo de industrias de punta. Las industrias de punta tienen vidas moderadamente breves, pero son constantemente sobrevividos por otras industrias de punta. Y así continúa el juego. Y las industrias que alguna vez fueran de punta, se vuelven más y más "competitivas", esto es, reducen más y más sus ganancias. Vemos este patrón de conducta en funcionamiento todo el tiempo.

Las compañías son los principales actores en el mercado. Las compañías son habitualmente las competidoras de otras firmas que operan en el mismo mercado virtual. También están en conflicto con aquellas firmas de las que adquieren materia prima y de aquellas a las que les venden sus productos. La furiosa rivalidad intercapitalista es la regla. Y sólo los más fuertes y ágiles sobreviven. Debemos recordar que la bancarrota, o la absorción por una compañía más fuerte es el pan diario de las empresas capitalistas. No todos los empresarios capitalistas tienen éxito en la acumulación de capital. Lejos de ello. Si todos tuvieran éxito, cada uno de ellos obtendría muy poco capital. Por ello, los repetidos "fracasos" de compañías no sólo despejan de competidores débiles el área sino que son una condición *sine qua non* en la incesante acumulación de capital. Esto es lo que explica el constante proceso de concentración de capital.

Estemos seguros, existe una contrapartida al crecimiento de las compañías, ya sea en forma horizontal (con el mismo producto), vertical (en diferentes pasos en la cadena de producción) o lo que podría denominarse ortogonal (con otros productos no vinculados estrechamente). El tamaño reduce los costos a través de las denominadas economías de escala. Pero el tamaño agrega costos de administración y coordinación y multiplica los riesgos de ineficacia gerencial. Como resultado de dicha contradicción, existe un repetido proceso de zigzag de compañías que se agrandan y que luego se reducen. Pero esto no ha sido un sencillo ciclo de expansión y contracción. Ha habido, en todo el mundo, un incremento secular en el tamaño de las compañías, la totalidad del proceso histórico tiene la forma de un engranaje en donde por dos muescas que se avanza se retrocede una, en forma continua. El tamaño de las compañías tiene también conse-

cuencias políticas directas. El gran tamaño da a las compañías mayor peso político pero las vuelve también más vulnerables al ataque político (por sus competidores, sus empleados, y sus consumidores). Pero en este caso la línea de fondo es la de un trinquete que incrementa, a lo largo del tiempo, la influencia política.

La división axial del trabajo en una economía-mundo capitalista divide a la producción en productos centrales y productos periféricos. El concepto centro-periferia es relacional. Lo que queremos decir por centro-periferia es el grado de ganancia del proceso de producción. Puesto que la ganancia está directamente relacionada al grado de monopolización, lo que esencialmente significamos por procesos de producción centrales son aquellos controlados por cuasimonopolios. Los procesos periféricos son entonces los verdaderamente competitivos. Cuando ocurre el intercambio, los productos competitivos están en una posición más débil y los cuasimonopolios en una posición más fuerte. En consecuencia, hay un flujo constante de plusvalía de los productores de productos periféricos hacia los productores de productos centrales. Esto es lo que se ha denominado intercambio desigual.

Ciertamente, el intercambio desigual no es la única manera de transferir capital acumulado de regiones políticamente débiles a regiones políticamente fuertes. También está el pillaje, usado ampliamente durante las primeras épocas de incorporación de nuevas regiones a la economía-mundo (consideremos, por ejemplo, a los conquistadores y el oro de América). Pero el pillaje es autoexterminador. Es el caso típico de matar a la gallina que pone los huevos de oro. Empero, como las consecuencias son a mediano plazo y las ventajas a corto plazo, sigue existiendo mucho pillaje en el sistema-mundo moderno, aunque ahora solemos "escandalizarnos" cuando nos enteramos. Cuando Enron declara la quiebra, luego de procedimientos de transferencia de enormes cantidades de dinero a manos de unos pocos administradores, eso es, de hecho, pillaje. Cuando las "privatizaciones" de propiedades estatales las ponen bajo control de empresarios cuasi mafiosos quienes abandonan con premura el país dejando empresas destrozadas a su paso, eso es pillaje. Suicida, sí, pero sólo luego de que se ha infligido mucho daño al sistema productivo mundial, y también a la salud de la economía-mundo capitalista.

Puesto que los cuasimonopolios dependen de la protección de estados fuertes, están en su mayor parte ubicados —jurídica, física y en

términos de propiedad— dentro de tales estados. Existe por ello una consecuencia geográfica en las relaciones centro-periferia. Los procesos centrales tienden a agruparse en unos pocos estados y a constituir la mayor parte de la actividad productiva en dichos estados. Los procesos periféricos tienden a estar desparramados a lo largo de un gran número de estados y constituyen la mayor parte de la actividad productiva en dichos estados. Por lo tanto, para abreviar, podemos hablar de estados centrales y estados periféricos, siempre y cuando recordemos que en verdad estamos hablando de una relación entre procesos productivos. Algunos estados poseen una mezcla casi pareja de productos centrales y periféricos. Denominamos a éstos, estados semiperiféricos. Tienen, como veremos, propiedades políticas específicas. No es sin embargo adecuado referirse a procesos productivos semiperiféricos.

Ya que, como hemos visto, los cuasimonopolios tienden a autodestruirse, lo que hoy es un proceso central se convertirá mañana en un proceso periférico. La historia económica del sistema-mundo moderno abunda en estos cambios, o degradación de productos, primero a países semiperiféricos y luego a los periféricos. Si alrededor del 1800 la producción de textiles era con toda probabilidad el proceso productivo central preeminente, hacia el 2000 era claramente uno de los procesos productivos periféricos menos gananciosos. En 1800 estos textiles eran producidos principalmente en muy pocos países (Inglaterra y algunos otros países del noroeste europeo); hacia el 2000 los textiles son producidos en todas partes del sistema-mundo, en particular los textiles baratos. Estos procesos se han repetido con muchos otros productos. Pensemos en el acero, los automóviles o incluso las computadoras. Este tipo de giro no ha tenido efecto en la estructura del sistema. En el 2000 existían otros procesos centrales (producción aeronáutica o ingeniería genética) que estaban concentrados en unos pocos países. Ha habido siempre nuevos procesos centrales que remplazaron a los que se tornaron más competitivos y se reubicaron fuera de los estados en los que se encontraban originariamente.

La función de cada estado es muy distinto *vis-à-vis* los procesos productivos dependiendo de la mezcla de procesos centrales-periféricos dentro de él. En los estados fuertes, que contienen un margen desproporcionado de procesos centrales, se tiende a priorizar su función como protector de los cuasimonopolios de los procesos centrales. En

los estados muy débiles, que contienen un margen desproporcionado de procesos de producción periféricos, éstos son en general incapaces de hacer mucho para afectar la división axial del trabajo, y se ven de hecho forzados a aceptar el destino que les ha tocado en suerte.

Los estados semiperiféricos tienen una mezcla relativamente pareja de procesos de producción y se hallan en una situación muy complicada. Bajo presión de los estados fuertes y presionando a los estados débiles, su mayor preocupación es mantenerse a distancia de la periferia y hacer lo posible para acceder al centro. Ninguna de las dos operaciones es sencilla, y ambas requieren de una considerable injerencia estatal en el mercado global. Estos estados semiperiféricos son los que implementan con mayor agresividad y en forma pública las denominadas políticas proteccionistas. Esperan, con ello, "proteger" sus procesos productivos de la competencia de compañías fuertes en el exterior a la vez que intentan mejorar la eficiencia de las compañías internas para que compitan mejor en el mercado global. Son receptores voraces de antiguas industrias de punta, en lo que hoy día se define como alcanzar el "desarrollo económico". En dicho esfuerzo, su competencia es oriunda no de los estados centrales sino de otros estados semiperiféricos, igualmente anhelantes de ser los receptores de la relocalización, la cual no puede llegar a todos los aspirantes en forma simultánea ni en el mismo grado. En los comienzos del siglo XXI, algunos países destinados a ser denominados semiperiféricos son Corea del Sur, Brasil e India, países con fuertes industrias que exportan productos (por ejemplo, acero, automóviles y medicamentos) a zonas periféricas, pero que también se vinculan en forma habitual con zonas centrales como importadores de productos más "avanzados".

La evolución natural de las industrias de punta —la lenta disolución de los cuasimonopolios— es lo que da cuenta de los ritmos cíclicos de la economía-mundo. Una industria de punta nueva dará un gran impulso a la expansión de la economía-mundo y resultará en una considerable acumulación de capital. Pero al mismo tiempo y naturalmente llevará a un empleo más extenso en la economía-mundo, salarios más elevados y a una sensación generalizada de prosperidad relativa. A medida que más y más firmas entran en el mercado del antiguo cuasimonopolio, existirá una "sobreproducción" (esto es, un exceso de producción para la demanda real efectiva en un momento determinado) y como consecuencia un incremento en el precio de la

competencia (por la reducción de la demanda), que reducirá los márgenes de ganancia. En un momento determinado, se producirá una acumulación de productos sin vender que tendrá como consecuencia una reducción en la producción futura.

Quando esto sucede, tendemos a ver el anverso de la curva cíclica de la economía-mundo. Hablamos entonces de estancamiento o recesión en la economía-mundo. Las tasas de desempleo globales aumentan. Los productores buscan reducir costos a fin de mantener su porcentaje del mercado mundial. Uno de los mecanismos utilizados es la reubicación de los procesos de producción hacia zonas que han contado, históricamente, con salarios más bajos, esto es, en países semiperiféricos. Este cambio incrementa la presión en los niveles salariales de los procesos que aún permanecen en las zonas centrales, y dichos salarios también tienden a reducirse. La demanda efectiva que en un comienzo faltaba a causa de la sobreproducción ahora se convierte en falta por la reducción en la ganancia de los consumidores. En semejante situación, no todos los productores resultan perdedores. Existe un obvio y agudo incremento de la competencia entre el ahora diluido oligopolio que está abocado al presente en estos procesos productivos. Se enfrentan entre sí con ferocidad, con frecuencia, con la ayuda de sus maquinarias. Algunos estados y algunos productores tienen éxito en la "exportación del desempleo" desde uno de los estados centrales hacia los otros. Sistémicamente, existe una contracción, pero algunos estados centrales y en particular algunos estados semiperiféricos parecen resultar bastante favorecidos.

El proceso que hemos descrito —la expansión de la economía-mundo en presencia de industrias de punta cuasimonopólicas y contracción de la economía-mundo cuando hay una reducción de la intensidad de los cuasimonopolios— puede dibujarse como una curva sinusoidal en donde observaremos fases A (expansión) y B (estancamiento). Un ciclo considerado una fase A seguido de una fase B es denominado, a veces, un ciclo Kondratieff, en honor al economista que describiera este fenómeno con claridad a comienzos del siglo XX. Los ciclos Kondratieff han sido hasta ahora de más o menos cincuenta a sesenta años de duración. Su duración exacta depende de las medidas políticas tomadas por los estados para evitar la fase B, y en especial las medidas tomadas para lograr la recuperación de una fase B sobre las bases de nuevas industrias de punta que puedan estimular una nueva fase A.

Cuando un ciclo Kondratieff culmina, nunca vuelve la situación a donde estaba a comienzos del ciclo. Esto es así porque lo que fue implementado durante la fase B para salir de ella y volver a una fase A cambia de manera importante los parámetros del sistema-mundo. Los cambios que solucionan el problema inmediato (o de corto plazo) de la inadecuada expansión de la economía-mundo (un elemento esencial para mantener la posibilidad de la acumulación incesante de capital) logra un equilibrio de mediano plazo pero comienza a crear problemas en la estructura en el largo plazo. El resultado es lo que denominamos una tendencia secular. Una tendencia secular debe ser concebida como una curva cuya coordenada (o eje x) marca el tiempo y cuya ordenada (o eje y) mide un fenómeno marcando la proporción de un grupo con una característica particular. Si a lo largo del tiempo el porcentaje tiende a incrementarse de una manera lineal ascendente, significa que por definición (puesto que la ordenada está expresada en porcentajes) que en algún momento ya no podrá hacerlo. A esto denominamos llegar a la asíntota, o al cien por ciento. Ninguna característica puede alcanzar en ningún grupo más del ciento por ciento. Esto significa que en lo que resolvemos los problemas de mediano plazo con un movimiento ascendente de la curva, alcanzaremos eventualmente en el largo plazo el problema de acercarnos a la asíntota.

Permítasenos sugerir un ejemplo de cómo esto funciona en una economía-mundo capitalista. Uno de los problemas que observamos en los ciclos Kondratieff es que en determinado momento los procesos de producción más importantes se vuelven menos beneficiosos, y estos procesos comienzan a reubicarse a fin de reducir costos. Entretanto, existe un incremento del desempleo en zonas centrales y esto afecta la demanda global efectiva. Las compañías individuales reducen sus costos, pero la colectividad de compañías encuentra más difícil encontrar suficientes consumidores. Una manera de restaurar un nivel suficiente de demanda global efectiva es el incrementar los niveles salariales de los trabajadores ordinarios en las zonas centrales, algo que ha ocurrido con frecuencia hacia el final de los periodos Kondratieff B. Esto a su vez crea el tipo de demanda efectiva que es necesario para suministrar suficientes consumidores para nuevos productos líderes. Pero, obviamente, mayores niveles de pago significan menores márgenes de ganancia para los empresarios. A escala global esto puede compensarse expandiendo el número de

trabajadores asalariados en otros lugares del planeta que estén dispuestos a trabajar por salarios más bajos. Esto puede hacerse mediante la convocatoria de nuevos individuos a la arena laboral, para quienes un salario más bajo representa de hecho un incremento en sus ingresos reales. Pero es obvio que cada vez que uno incorpora "nuevas" personas en la arena de trabajo asalariado, uno reduce el número de personas restantes fuera de la arena laboral. Llegará un momento en el que el grupo haya disminuido de tal modo que cese de existir en forma efectiva. Estamos entonces alcanzando la asíntota. Volveremos a este tema en el último capítulo cuando discutamos la crisis estructural del siglo XXI.

Obvio, un sistema capitalista necesita que existan trabajadores que ofrezcan su trabajo para el proceso productivo. Con frecuencia se afirma que tales trabajadores son proletarios, esto es, trabajadores asalariados que no cuentan con medios alternativos de sustento (porque carecen de tierras y no cuentan con dinero o reservas inmobiliarias). Esto no es del todo correcto. Casi todos los trabajadores están vinculados a otras personas en unidades domésticas que aglutinan habitualmente a personas de distinto sexo y diferentes edades. Muchos, quizá la mayoría, en esas unidades domésticas pueden ser denominados familias, pero los lazos familiares no son, sin embargo, los únicos modos en los que las unidades domésticas se mantienen unidas. Las unidades domésticas cuentan con frecuencia con residencias en común, pero esto no es tan habitual como uno podría pensar.

Una unidad doméstica típica consta de tres a diez personas quienes, en un largo plazo (digamos unos treinta años), juntan sus recursos e ingresos a fin de sobrevivir de modo colectivo. Las unidades domésticas no son internamente, en general, estructuras igualitarias, ni estructuras inamovibles (las personas nacen y mueren, entran o abandonan las unidades domésticas, y en todo caso envejecen y tienden así a alterar su papel económico). Lo que distingue a una unidad doméstica es alguna forma de obligación de suministrar el ingreso para el grupo y compartir el consumo resultante de dicho ingreso. Las unidades domésticas son muy diferentes de los clanes o tribus y de otros grupos o entidades numerosos y extendidos, los cuales con frecuencia comparten obligaciones de ayuda mutua e identidad pero que no comparten en forma habitual sus ingresos. O si existen entidades numerosas semejantes que comparten sus ingresos, son disfuncionales para el sistema capitalista.

Debemos primero analizar lo que se comprende por "ingreso". Existen, hablando en general, cinco clases de ingresos en el sistema-mundo moderno. Y casi todas las unidades domésticas buscan y obtienen las cinco clases, aunque en diferentes proporciones (lo que resulta ser muy importante). Una clase obvia es el salario, lo que significa pago (habitualmente en papel moneda) por personas fuera del ámbito familiar por el trabajo de un miembro de la unidad doméstica realizado fuera de la unidad doméstica en algún proceso productivo. El salario puede ser ocasional o regular. Puede ser un pago por el tiempo empleado o por trabajo realizado (destajo). El salario tiene la ventaja para el empleador en ser "flexible" (lo que significa que la continuación del trabajo es una función de las necesidades del empleador), aunque los sindicatos, y otras formas de agrupación gremial de los trabajadores y las legislaciones estatales hayan con frecuencia limitado la flexibilidad empresarial de diversos modos. Aun así, los empleadores casi nunca están obligados a suministrar apoyo de por vida a trabajadores específicos. Pero por lo mismo, este sistema tiene desventajas para el empleador en tanto que a mayor cantidad de trabajadores necesite, puede que no los haya dispuestos al empleo, en especial si la economía está en expansión. Por ello, en un sistema de salarios, el empleador intercambia el que no se le requiera pagar a los trabajadores durante los periodos en los que no los necesita por la garantía de que los trabajadores estarán disponibles cuando sí los necesite.

Una segunda y obvia fuente de ingresos para la unidad doméstica es la actividad de subsistencia. Habitualmente definimos este tipo de trabajo de modo muy estrecho, tomándolo sólo como el esfuerzo de personas rurales para cultivar alimentos y producir elementos para el consumo propio sin hacerlos pasar por un mercado. Ésta es, de hecho, una manera de la producción de subsistencia, y este tipo de trabajo ha ido declinando marcadamente en el sistema-mundo moderno, razón por la que sostenemos que la producción de subsistencia está desapareciendo. Al hacer uso de una definición tan restrictiva no tenemos sin embargo en cuenta las numerosas maneras en las que las actividades de subsistencia están en realidad aumentando en el mundo moderno. Cuando alguien cocina en su casa o friega los platos, es una producción de subsistencia. Cuando un dueño de casa ensambla un mueble que compra en un negocio, es producción de subsistencia. Y cuando un profesional usa una computadora para enviar un correo electrónico

que, antaño, una secretaria (paga) hubiera mecanografiado, él o ella está enfrascado en una producción de subsistencia. La producción de subsistencia es una gran parte del ingreso de la unidad doméstica hoy en día en las zonas económicamente más afluentes de la economía-mundo capitalista.

Un tercer tipo de ingreso de la unidad doméstica es el que podríamos llamar, en forma genérica, como pequeña producción mercantil. Una pequeña producción mercantil es definida como el producto producido en la unidad doméstica pero vendido por dinero en el mercado. Obviamente, este tipo de producción continúa estando ampliamente distribuida en las zonas más pobres de la economía-mundo pero no está del todo ausente del resto de otras zonas. En las zonas más ricas solemos denominarla "free-lancing". Este tipo de actividad incluye no sólo el mercadeo de mercaderías producidas (incluyendo, por supuesto, los bienes intelectuales) sino también la pequeña producción mercantil. Cuando un niño vende en la calle cigarrillos o fósforos de a uno a consumidores que no pueden asumir la compra de éstos en las cantidades en las que habitualmente se los vende, el niño está involucrado en la pequeña producción mercantil, siendo esta producción el desmontaje del paquete mayor y su transporte al mercado callejero.

Un cuarto tipo de ingreso es aquel al que solemos denominar renta. La renta puede ser obtenida de alguna inversión mayor de capital (el ofrecimiento de departamentos urbanos para alquiler, o de habitaciones dentro de los departamentos) o por ventajas de ubicación (la colección de peaje en un puente privado) o por propiedad de capital (los cupones de los bonos o los intereses obtenidos en una caja de ahorro). Lo que hace que la renta sea tal es que es una propiedad y no un trabajo de ningún tipo lo que hace posible el ingreso.

Por último, existe un quinto tipo de ingreso, el que en el mundo moderno denominamos pagos de transferencia. Éstos pueden definirse como ingresos de un individuo en virtud de una obligación de un tercero de proveerle de dicho ingreso. Este pago de transferencia puede originarse en personas cercanas a la unidad doméstica, como cuando se ofrecen regalos o préstamos de una generación a otra al momento del nacimiento, matrimonio o muerte. Tales pagos de transferencia entre unidades domésticas pueden realizarse sobre bases de reciprocidad (lo que en teoría asegura que no exista un ingreso extra en el lapso de una vida pero tiende a eliminar las nece-

sidades de liquidez). O el pago de transferencia puede ocurrir mediante un esquema de seguros (en donde uno puede, al final, beneficiarse o no), o a través de la redistribución de una clase económica hacia otra.

Tan pronto como pensamos sobre ello, caemos en la cuenta de la mancomunación de recursos que se produce en las unidades domésticas. Imaginemos una familia estadounidense de clase media, en la cual el hombre adulto tiene un trabajo (y tal vez tenga un segundo trabajo), la mujer adulta tiene una empresa de banquetes que maneja desde su casa, el hijo adolescente es repartidor de diarios y la hija de doce años es *babysitter*. Agreguemos a esto, quizá, la abuela que retira su pensión de viudez y quien también, en ocasiones hace de *babysitter* para un niño pequeño, y la habitación encima del garaje, la cual alquilan. O pensemos en una familia trabajadora de una unidad doméstica mexicana en la cual el hombre adulto ha migrado ilegalmente a los Estados Unidos y envía dinero a la casa, la mujer adulta cultiva una pequeña huerta en la casa, la joven adolescente trabaja como doméstica (y recibe pago en efectivo y en especies) en un acaudalado hogar mexicano, y el joven preadolescente vende chucherías en el mercado del pueblo, luego de asistir a la escuela (o en vez de asistir a la escuela). Cada uno de nosotros podemos imaginar muchas más situaciones similares.

En la práctica, pocas unidades domésticas funcionan sin los cinco tipos de ingreso. Pero uno puede darse cuenta en forma inmediata que las personas dentro de la unidad doméstica que tienden a proporcionar el ingreso pueden correlacionarse en categorías por sexo o edad. Esto es decir, muchas de estas tareas están definidas por edad y por género. El trabajo asalariado fue durante mucho tiempo considerado tierra de adultos desde los catorce o dieciocho años hasta los sesenta y cinco. La producción de subsistencia y de mercaderías menores fue en su mayor parte definida como el territorio de las mujeres adultas y de los niños y ancianos. La transferencia de ingresos por el estado ha estado circunscrita en su mayor parte al ingreso salarial, excepto por ciertas transferencias relacionadas con la crianza de niños. Mucha de la actividad política de los últimos cien años ha estado dirigida a superar la especificidad genérica de estas definiciones.

Como hemos señalado, la relativa importancia de las distintas formas de ingreso en unidades domésticas específicas ha variado

grandemente. Distingamos dos variantes importantes: la unidad doméstica en donde el ingreso salarial da cuenta del cincuenta por ciento o más del total de los ingresos de toda la vida, y la unidad doméstica en donde da cuenta de menos. Llamemos a la primera "unidad doméstica proletaria" (puesto que parece depender en grado sumo del ingreso salarial, que es exactamente lo que el término proletariado supone invocar); y llamemos a la última entonces una "unidad doméstica semiproletaria" (porque sin dudas existe un cierto porcentaje de ingreso por salarios para la mayoría de sus miembros). Si así lo hacemos, podremos observar que un empleador obtiene ventajas al emplear a aquellos asalariados que habitan unidades domésticas semiproletarias. En dondequiera que los trabajos asalariados constituyan un componente sustancial del ingreso de la unidad doméstica, existe necesariamente un piso referente a cuánto puede recibir el trabajador asalariado. Éste debe ser una cantidad que represente por lo menos una parte proporcional de los costos de reproducción de la unidad doméstica. Es por ello por lo que podemos pensar en un salario mínimo *absoluto*. Si, sin embargo, el trabajador asalariado es miembro de una unidad doméstica que es sólo semiproletaria, el trabajador asalariado puede ser remunerado con un sueldo *por debajo* del salario mínimo absoluto, sin poner en riesgo necesariamente la supervivencia de la unidad doméstica. La diferencia puede cubrirse con el ingreso adicional suministrado a través de otras fuentes y por lo común por otros miembros de la unidad doméstica. Lo que vemos que sucede en tales casos es que otros productores de ingresos en la unidad doméstica transfieren, de hecho, la plusvalía del empleador del sujeto asalariado más allá de lo que el mismo empleado asalariado pueda transferir, permitiendo así que el empleador pague menos que el salario mínimo absoluto.

Se sigue que en un sistema capitalista los empleadores prefieren, en general, emplear a trabajadores provenientes de unidades domésticas semiproletarias. Existen, empero, dos presiones que pujan en la dirección contraria. Una es la presión de los asalariados mismos quienes buscan "proletarizarse" puesto que en efecto esto significa mejores sueldos. Y la otra es una presión contradictoria por parte de los mismos empleadores. En contra del individuo que necesita salarios más bajos, existe la necesidad de largo plazo de contar con una demanda sustancial y efectiva en la economía-mundo para sostener el mercado para sus productos. A lo largo del tiempo, como resultado

de estas dos presiones diversas, existe un lento aumento en el número de unidades domésticas proletarizadas. Sin embargo, esta descripción de las tendencias a largo plazo es contraria a la visión tradicional de las ciencias sociales del capitalismo como sistema que necesita primariamente proletarios como trabajadores. Si esto fuera así, sería difícil explicar por qué, luego de cuatrocientos o quinientos años, la proporción de trabajadores proletarios no es más alta de lo que es. Antes que pensar la proletarización como una necesidad capitalista, sería más útil pensarla como un sitio de luchas, cuyo resultado ha sido un lento aunque firme incremento, una tendencia secular que se acerca a su asíntota.

Existen clases dentro del sistema capitalista, puesto que existen personas ubicadas en distintos escalafones en el sistema económico, con distintos niveles de ingreso y con intereses diferentes. Por ejemplo, es obvio que el interés de los trabajadores está en el incremento de sus salarios, y es igualmente obvio que el interés de los empleadores reside en resistir dichos aumentos, por lo menos en términos generales. Pero, como acabamos de ver, los trabajadores asalariados forman parte de unidades domésticas. No tiene sentido pensar que los trabajadores pertenecen a una clase y que los restantes miembros de la familia pertenecen a otra. Son, obviamente, las unidades domésticas y no los individuos los que se ubican dentro de las clases. Los individuos que desean participar de la movilidad social encuentran que con frecuencia deben retirarse de las unidades domésticas en las que se encuentran y reubicarse en otras unidades domésticas, a fin de lograr tal objetivo. Ésta no es tarea sencilla, pero de ninguna manera imposible.

Sin embargo, las clases no son los únicos grupos dentro de los cuales se ubican las unidades domésticas. También son miembros de grupos de estatus o identidades. (Si los denominamos grupos de estatus, enfatizamos cómo son percibidos por los demás, una suerte de criterio objetivo. Si los denominamos identidades, enfatizamos cómo se perciben a sí mismos, una suerte de criterio subjetivo. Pero ya sea bajo un nombre como otro, son una realidad insitucional del sistema-mundo moderno.) Los grupos de estatus o identidades funcionan como etiquetas asignadas, puesto que nacemos en ellos, o al menos solemos pensar que nacemos en ellos. En general, es difícil sumarse a estos grupos de manera voluntaria, aunque no es imposible. Estos grupos de estatus o identidades son los numerosos "individuos" de los

que todos nosotros formamos parte: naciones, razas, grupos étnicos, comunidades religiosas, pero también géneros y categorías de preferencias sexuales. La mayoría de estas categorías son tomadas como presuntos rezagos de tiempos premodernos. Esta premisa es errónea. La membresía en grupos de estatus o identidades es una parte importante de la modernidad. Lejos de agonizar, están creciendo en importancia a medida que la lógica del sistema capitalista se desenvuelve más y más y nos consume más y más intensamente.

Si sostenemos que las unidades domésticas se ubican dentro de una clase y que todos sus miembros comparten dicha locación, ¿es esto igualmente cierto en el caso de los grupos de estatus o identidades? Existe una enorme presión dentro de las unidades domésticas para mantener una identidad común, para ser parte del mismo grupo de estatus o identidad. Esta presión es sentida en primera instancia por todas las personas que contraen matrimonio y a quienes se les requiere, o al menos se las presiona para que busque su pareja dentro del grupo de estatus o identidad. Pero, obviamente, el constante movimiento de los individuos dentro del sistema-mundo moderno, más la presión normativa de ignorar los grupos de estatus o identidades de las que se es miembro a favor de un criterio meritocrático ha dado como resultado una mezcla considerable de las identidades originales dentro del marco de las unidades domésticas. Sin embargo, lo que suele suceder en cada unidad doméstica es la evolución hacia una sola identidad, la emergencia de nuevas, y con frecuencia apenas articuladas identidades o estatus grupales que reifican precisamente aquello que comenzó como mezcla, y por lo tanto reunifican a la unidad doméstica en términos de identidades grupales de estatus. Un elemento en la demanda de legitimación de los matrimonios gay es la presión para reunificar la identidad de la unidad doméstica.

¿Por qué es tan importante para las unidades domésticas el mantener una sola clase e identidad grupal de estatus, o al menos pretender mantenerla? Semejante homogeneización ayuda, por supuesto, a mantener la unidad de la unidad doméstica como lugar de recursos económicos comunes y para superar cualquier tendencia centrífuga que pueda surgir por las desigualdades internas en la distribución del consumo y los procesos decisorios. Sería empero un error el ver esta tendencia primariamente como un mecanismo de defensa interno del grupo. Existen importantes beneficios para la totalidad del siste-

ma-mundo para apoyar la tendencia homogeneizadora dentro de las estructuras de las unidades domésticas.

Las unidades domésticas funcionan como las agencias primarias de socialización del sistema-mundo. En ellas se nos enseña, particularmente a los jóvenes el conocimiento y el respeto de las reglas sociales que se supone debemos obedecer. Esto está, obviamente, apoyado por agencias estatales tales como las escuelas y los ejércitos así como por las instituciones religiosas y los medios de comunicación. Pero ninguno de ellos alcanza el impacto de las unidades domésticas. ¿Qué es entonces lo que determina cómo las unidades domésticas socializarán a sus miembros? En general, la manera en que las instituciones secundarias enmarcan estos temas para las unidades domésticas y su habilidad para realizarlo de manera efectiva depende de la relativa homogeneidad de las unidades domésticas, esto es, tienen y se perciben como poseedores de una función definida en el sistema social histórico. Una unidad doméstica convencida de su identidad grupal de estatus —su nacionalidad, su raza, su religión, su etnia, su código de sexualidad— sabe exactamente cómo socializar a sus integrantes. Una cuya identidad es más incierta pero que intenta crear una identidad homogénea, aunque sea nueva, tiende a funcionar casi tan bien. Una unidad doméstica que permitiera en forma permanente la escisión de su identidad encontraría que la función socializadora le resultaría casi imposible de llevar a cabo, y encontraría difícil sobrevivir como grupo.

Por supuesto, los poderes constituidos de un sistema social siempre esperan que la socialización resulte en la aceptación de las muy reales jerarquías productos del sistema. También espera que la socialización resulte en la internalización de los mitos, la retórica y la teorización del sistema. Esto sucede en parte pero nunca en forma completa. Las unidades domésticas también socializan a sus miembros para la rebelión, el rechazo y la desviación. Por cierto, hasta cierto punto semejante socialización antisistémica puede resultarle útil al sistema al ofrecer una salida a los espíritus inquietos, siempre y cuando el sistema todo se encuentre en relativo equilibrio. En tal caso, uno puede anticipar que las socializaciones negativas pueden tener cuando mucho un impacto limitado en el funcionamiento del sistema. Pero cuando los sistemas históricos entran en crisis estructurales, de pronto, tales socializaciones antisistémicas pueden tener un profundo papel desestabilizador para el sistema.

Hasta ahora, hemos citado meramente las identificaciones de cla-

se y de grupos de estatus como dos modelos alternativos de expresión colectiva para las unidades domésticas. Pero es evidente que hay múltiples tipos de grupos de estatus, no siempre en total consonancia el uno con el otro. Más aún, a medida que progresa el tiempo histórico, la cantidad de diversos grupos de estatus ha aumentado, no disminuido. A fines del siglo XX, la gente comenzó a reclamar para sí identidades en función de preferencias sexuales que no eran la base para la construcción de una unidad doméstica en los siglos previos. Puesto que todos estamos involucrados en una multiplicidad de grupos de estatus o identidades, surge la pregunta sobre cuál es el orden prioritario de las identidades. En caso de conflicto, ¿cuál debe prevalecer? ¿Cuál prevalece? ¿Puede una unidad doméstica ser homogénea en función de una identidad pero no en función de otra? La respuesta es un obvio sí, ¿pero cuáles son las consecuencias?

Debemos examinar las presiones externas sobre las unidades domésticas. La mayoría de los grupos de estatus poseen algún tipo de expresión institucional a través de las unidades domésticas. Y estas instituciones ejercen presión directa sobre las unidades domésticas no sólo para que se atengan a sus normas y a sus estrategias colectivas, sino para que les den prioridad. De las instituciones a través de las unidades domésticas, los estados son los más exitosos en su influencia sobre las unidades domésticas ya que cuentan con las más inmediatas herramientas de presión (la ley, la distribución de beneficios, la capacidad de movilizar a los medios). Pero en dondequiera el estado es más débil, las estructuras religiosas, las organizaciones étnicas, y grupos similares pueden convertirse en las voces más fuertes que insistan sobre las prioridades de las unidades domésticas. Incluso cuando los grupos de estatus o identidades se describan a sí mismos como antisistémicos, aun entonces pueden enfrentarse con otros grupos de estatus o identidades antisistémicos, demandando la prioridad de lealtad. Es este complicado tramado de identidades de unidades domésticas que subyace a la montaña rusa de conflictos políticos dentro del sistema-mundo moderno.

Las complejas relaciones de la economía-mundo, las compañías, los estados, las unidades domésticas y las instituciones a través de las unidades domésticas vinculadas a los miembros de clase y grupos de estatus se encuentran amenazadas por dos temas ideológicos opuestos pero simbióticos: el universalismo por un lado y el racismo y sexismo por el otro.

El universalismo es un tema prominentemente asociado con el sistema-mundo moderno. Es, en muchos sentidos, uno de sus logros. El universalismo significa, en términos generales, la prioridad de reglas generales aplicadas en forma igual a todas las personas, y por lo tanto, el rechazo a las preferencias particulares en la mayoría de las esferas. Las únicas reglas consideradas permisibles dentro del marco del universalismo son las que pueden demostrar su aplicación directa al funcionamiento adecuado del sistema-mundo definido en forma restringida.

Las expresiones del universalismo son múltiples. Si traducimos el universalismo al nivel de la compañía o la escuela, esto significa, por ejemplo, la asignación de personas a puestos diversos en función de su entrenamiento y capacidad (una práctica conocida como meritocracia). Si traducimos esto al nivel de la unidad doméstica, implica entre otras cosas que el matrimonio debe ser contraído por cuestiones de "amor" y no por cuestiones de riqueza, etnia o cualquier otro particularismo. Si lo traducimos al nivel de estado, significa reglas tales como el sufragio universal y la igualdad frente a la ley. Todos estamos familiarizados con los mantras, puesto que se los repite con cierta regularidad en los discursos públicos. Se supone que sean el foco central de nuestra socialización. Por supuesto, sabemos que dichos mantras son evocados de modo desigual en diversos sitios del sistema-mundo (y queremos examinar el porqué de ello), y sabemos que están lejos de ser respetados en su totalidad en la práctica. Pero se han convertido en el evangelio oficial de la modernidad.

El universalismo es una norma positiva, lo que significa que la mayoría de las personas afirma su creencia en él, y casi todos sostienen que es una virtud. El racismo y el sexismo son su exacto opuesto. También son norma, pero son normas negativas, en tanto que la mayoría niega creer en ellas. Casi todos aseguran que las consideran vicios, y, sin embargo, son normas. Más aún, el grado al cual dichas normas negativas de racismo y sexismo son observadas es al menos tan alto como, si no mucho más que la virtuosa norma del universalismo. Esto puede parecer una anomalía, pero no lo es.

Examinemos lo que queremos decir con racismo y sexismo. En verdad, éstos son términos que se hicieron de uso común sólo a partir de la segunda mitad del siglo xx. El racismo y el sexismo son instancias de un fenómeno más amplio, careciente de un nombre adecuado, pero que podría denominarse antiuniversalismo, o la discriminación ins-

titucional activa contra todas las personas de un grupo de estatus o identidad específico. Para cada tipo de identidad, existe una clasificación jerárquica social. Puede que sea una clasificación burda, con sólo dos categorías, o elaborada, con toda una serie. Pero siempre hay un grupo arriba en la clasificación jerárquica y uno o varios grupos en el fondo. Estas clasificaciones son tanto mundiales como locales, y ambos tipos de clasificación tienen enormes consecuencias en la vida de las personas y en el funcionamiento de una economía-mundo capitalista.

Todos estamos familiarizados con la clasificación jerárquica global dentro del mundo moderno: los hombres sobre las mujeres, los blancos sobre los negros (o los no blancos), los adultos sobre los niños (o los ancianos), los educados sobre quienes carecen de educación, los heterosexuales sobre gays y lesbianas, los burgueses y profesionales por sobre los trabajadores, los residentes urbanos por sobre los rurales. La clasificación jerárquica étnica es más local, pero en cada país, existe una etnia dominante sobre las otras. Las clasificaciones jerárquicas religiosas varían a lo largo del mundo, pero en cualquier zona particular todos están conscientes de su ubicación en ésta. El nacionalismo asume con frecuencia la forma de vínculos entre los lados de cada antinomia fusionados en una categoría, para que uno pueda, por ejemplo, crear una norma que sostenga que los hombres blancos heterosexuales de etnias y religiones específicas son los únicos que pueden ser considerados "verdaderos" ciudadanos.

Existen varias preguntas que esta descripción nos presenta. ¿Cuál es el sentido de profesar el universalismo y simultáneamente practicar el antiuniversalismo? ¿Por qué existe tanta variedad de antiuniversalismos? ¿Es esta contradicción antinómica parte necesaria del sistema-mundo moderno? El universalismo y el antiuniversalismo funcionan, de hecho, cotidianamente, pero funcionan en diferentes arenas. El universalismo tiende a ser el principio operativo más fuerte para los que denominaríamos los cuadros del sistema-mundo: ni los que están en la cima en términos de poder y riqueza, ni los que proporcionan la mayoría de los trabajadores del mundo y la gente ordinaria en todos los campos y a lo largo y ancho del mundo, sino más bien un grupo intermedio de gente que tiene puestos de liderazgo o funciones de supervisión en varias instituciones. Ésta es una norma que proporciona el nivel de reclutamiento óptimo para el personal técnico, profesional y científico. Este grupo intermedio puede ser más o menos nu-

meroso dependiendo de la ubicación del país en el sistema-mundo y de su situación política local. Cuanto más fuerte sea la posición económica del país, más grande será el grupo. Cuando el universalismo pierde el equilibrio incluso entre los cuadros en zonas específicas del sistema-mundo, los observadores tienden a ver una disfunción y en forma casi inmediata surgen presiones políticas (tanto desde dentro del país como desde el resto del mundo) para que se recupere un cierto grado de criterio universalista.

Existen dos razones diferentes para ello. Por un lado, se cree que el universalismo garantiza una tarea relativamente competente y vuelve por ello, más eficiente a la economía-mundo, lo cual a su vez mejora la capacidad de acumular capital. Por lo tanto, quienes suelen estar a cargo de los procesos de control de producción tienden a apoyar los criterios universalistas. Es claro, el criterio universalista genera resentimientos cuando entra en operación sólo después de que algún criterio particularista ha sido invocado. Si el servicio civil está abierto sólo a personas de una religión o etnia particular, entonces la elección de personas dentro de dicha categoría puede ser universal, pero la elección total no lo es. Si el criterio universalista es invocado sólo en el momento de elegir mientras que se ignora el criterio particularista por el cual los individuos tienen acceso al entrenamiento previo necesario, entonces existe el resentimiento. Cuando, por el contrario, la opción es verdaderamente universalista, el resentimiento puede así y todo ocurrir porque la elección presupone la exclusión y podemos sufrir presiones "populistas" para el ingreso irrestricto e ilimitado a una posición. Con estas múltiples circunstancias, el criterio universalista desempeña una función sociopsicológica central en la legitimación de las asignaciones meritocráticas. Hacen que quienes logran el estatus de cuadro se sientan justificados en su posición ventajosa e ignoran que la manera en la que el llamado criterio universalista les dio acceso no era en verdad completamente universalista, o ignoran los reclamos del resto por acceso a los beneficios materiales asignados principalmente a los cuadros. La norma del universalismo es enormemente tranquilizadora para quienes se benefician del sistema. Hace que ellos se sientan merecedores de lo que poseen.

Por el otro lado, el racismo, el sexismo y otras normas antiuniversalistas realizan una tarea igualmente importante en la asignación de trabajo, poder y privilegio dentro del sistema-mundo moderno. Suponen exclusiones del espacio social. En verdad son otros modos de in-

clusión, pero de inclusión en rangos inferiores. Estas normas existen para justificar los rangos inferiores, para hacerlos cumplir, y de modo perverso, incluso para hacerlos tolerables a aquellos que han recibido un rango inferior. Las normas antiuniversalistas se presentan como codificaciones de verdades naturales y eternas que no están sujetas a la modificación social. Se presentan no sólo como verdades culturales sino, implícita o incluso explícitamente, como necesidades biológicamente determinadas para el funcionamiento del ser humano.

Así se convierten en normas para el estado, el lugar de trabajo, el espacio social. Pero también se convierten en normas que los hogares se ven presionados a utilizar para socializar a sus miembros; esfuerzo que en general ha resultado exitoso. Justifican así la polarización del sistema-mundo. Puesto que la polarización se ha incrementado a lo largo del tiempo, el racismo, el sexismo y otras formas de antiuniversalismo han cobrado importancia, aunque la lucha política contra tales formas de antiuniversalismo se han vuelto más centrales para el funcionamiento del sistema-mundo.

En última instancia, el sistema-mundo moderno ha asumido una característica central en su estructura de existencia, propagación y práctica simultánea del universalismo y el antiuniversalismo. Este dúo antinómico es tan fundamental al sistema como lo es la división de trabajo sobre el eje centro-periferia.